

to de fenómenos encadenados por inevitables relaciones de causalidad y no por finalidades independientes del mundo y de la vida. Cada hecho social tiene factores determinantes que no podrían haber dejado de producirlo, y a su vez determina inevitablemente otros hechos sociales; ellos deben ser estudiados como manifestaciones muy complicadas de la evolución biológica que se opera en la superficie del planeta que habitamos; las especies vivas han adquirido las funciones indispensables para la adaptación del medio, alcanzando en la especie humana su mayor desenvolvimiento. Es tan vano pretender investigar transcendentales metafísicas en la evolución humana, como dar participación al hado, al azar o a un fin incognoscible en la creación de la materia, de la vida y de las sociedades.

Para estudiar esa evolución conviene prescindir de todo apriorismo o preconcepto finalista, de todo prejuicio en favor de cualquier principio o dogmatismo. Sus leyes deben buscarse con los métodos comunes a todas las ciencias naturales, pues el estudio de los fenómenos sociológicos sólo permite ver en ellos el resultado último de una serie de hechos similares a los estudiados por las demás ciencias. En este sentido podrían concretarse las fórmulas siguientes, que son la síntesis de una vasta experiencia.

El hombre no es aerolito caído sobre el planeta por capricho de fuerzas sobrenaturales; es una complicada manifestación evolutiva de la vida, como ésta lo es de la materia y de la energía universal. El hombre es un ser viviente, nada más; la vida asume en él manifestaciones intrincadas hasta lo infinito, pero sin escapar a las leyes generales de la biología. Lo mismo que los demás seres vivientes, lucha por la vida para satisfacer necesidades elementales e indispensables: la conservación del individuo y la reproducción de la especie. La humanidad, considerada

como especie biológica, no tiene misión alguna que desempeñar en el universo, como no la tienen los peces o la mala hierba: esa falta de finalidad excluye la existencia de principios éticos invariables. El resorte que pone en juego la actividad social del hombre—su conducta—es la suma de sus necesidades; el conocimiento de éstas—sometido a un determinismo riguroso—es el móvil de toda acción individual o colectiva.

Ese primer punto de partida concuerda con las ideas comunes a todos los partidarios del economismo histórico, entendido en su más amplia acepción: las necesidades materiales de la vida determinan la evolución de las sociedades humanas.

Fuerza es reconocer que los factores económicos representan las necesidades puramente biológicas de las sociedades. Son semejantes a las de toda especie viviente; las de cada agregado o grupo sociológico equivalen a las de toda agrupación estable de seres vivos: colonia de microbios, colmena de abejas, manada de potros o tribu de hombres.

* * *

La formación natural de las sociedades humanas se comprende reemplazando el clásico "organicismo" spenceriano por una interpretación biológica de la evolución social; las sociedades son simples "colonias organizadas por la división de las funciones sociales" y no "superorganismos", palabra tan exenta de sentido como el "epifenómeno" con que algunos psicólogos evitan explicar la conciencia cuya realidad afirman.

La sociología biológica remonta el problema a su fase general, biológica. En cambio, los sociólogos organicistas se limitan a una explicación por analogía, y los sociólogos economistas lo encaran bajo el aspecto particular de la división del trabajo humano. Pero el fenómeno esencial que preside toda la evolución social es uno: las necesidades